

EN BUSCA DEL CONSERVADURISMO

Por ARIEL PÉREZ LAZO

¿Qué significa ser conservador? El conservadurismo implica tomar en cuenta la historia, la experiencia de los aciertos y desaciertos pasados. La tradición puede ser un gran conjunto de prejuicios, como la entendió la Ilustración que no es otra cosa que el racionalismo, pero también puede ser una fuente para evitar caer en errores pasados.

¿Cómo se manifiesta el conflicto en torno a la tradición en Cuba, un país marcado por medio siglo de Revolución? El fenómeno revolucionario implica la experimentación en las condiciones materiales de vida, los valores y la naturaleza humana en general. Nunca se entenderá la secular disputa entre liberalismo y socialismo si no se tiene en cuenta este aspecto de la polémica. Los partidarios de la experimentación social, tipificados en el pensamiento socialista, conciben que la naturaleza humana pueda ser transformada. La diferencia que separaba a Marx de la Ilustración era desechar la educación como agente de esta transformación y sustituirla por el cambio en la estructura económica, de manera que al transformarse las condiciones de vida también lo harían los valores.

Hay un aspecto concreto de la vida pública donde esto sucede: el de las relaciones económicas. En Cuba desde hace algunos años, pero con mayor intensidad desde hace pocos meses, como ha podido verse en la sección "Cartas al Director" del diario *Granma*, se viene debatiendo acerca de la conveniencia de eliminar controles burocráticos y prohibiciones en la actividad económica. Los enemigos de tales reformas advierten que sería el primer paso para una restauración capitalista en el país. Argumentan éstos que con un mejor control, con la selección de individuos de elevada formación profesional y ética podrá evitarse la ineficiencia y la corrupción administrativa nacional que nadie se atreve ya a negar.

La idea de que un mejor control —que de inmediato remite a un sector inmaculado de la sociedad que efectúe su ejecución— logrará que la actividad estatal, sobre la mayor parte de la economía, resulte eficiente es un derivado de la tesis que inicialmente vimos acerca de la posibilidad de transformar la naturaleza humana. Sucede, sin embargo, que la historia ha dado ejemplos de que las élites que tendrían que lograr el cambio en los valores o suelen carecer de aquello que tendrían que transmitir o no han logrado hacerlo porque sus valores no son compartidos por las masas.

Los partidarios de la persistencia del control estatal sobre la economía suponen en este sentido que la corrupción es un hecho aislado, capaz de ser solucionado. Cuando se tiene en cuenta que se trata de un hecho generalizado que ha dejado su huella, como ya se está señalando, en el lenguaje popular, se puede llegar a la conclusión de que se trata de una crisis de los valores de la sociedad y no del simple fenómeno de la corrupción. Cuando hay una crisis de este tipo la única solución posible es el examen crítico de los valores existentes.

Dicho en términos sencillos: el pueblo cubano no cree que la propiedad estatal sea social, es decir que sea utilizada en beneficio suyo; al menos cree que no se están utilizando de la manera deseada los recursos públicos. Si la persona que compra leche en polvo en el mercado negro supusiera que al hacer esto el Estado pierde cierta cantidad de divisas que influyen, por ejemplo en la compra de repuestos para el transporte público que él mismo utiliza, difícilmente dejaría de hacerlo. La necesidad visible es la carencia de la leche en polvo y no el hipotético ómnibus del cual no es responsable. Suponer que se logrará tal conciencia en el pueblo cubano es el resultado de una teorización que concibe la viabilidad de la experimentación social.

Los conservadores tienen un criterio diferente. Tomando en cuenta la experiencia histórica, han observado que el hombre tiende a actuar por sus intereses inmediatos, sin que esto implique que la perfección moral no sea posible. De hecho, en Occidente tenemos una tradición que afirma que esto es posible: lo hace el cristianismo, pero de una forma bien distinta a la planteada por el socialismo, a partir de la conversión religiosa. Digamos que los conservadores reconocen que la perfección moral es algo que no es alcanzable por el conjunto de la sociedad de manera que pueda establecerse un sistema económico donde la asignación de salarios y medios de producción fuera dirigida y planificada por el Estado sin corrupción.

La crisis de valores antes mencionada consiste en que la mayoría de la población no está dispuesta a sacrificar su bienestar inmediato en aras del colectivo, sobre todo en función de algunos valores: como por el ejemplo el acceso a una serie de servicios públicos subsidiados. La política gubernamental de gravar con elevados impuestos las tiendas en divisas para recaudar fondos que permitan subsidiar los servicios de salud, educación y otros, no es verdaderamente compartida por muchísimos.

Un ejemplo concreto lo vemos en el mercado editorial: aunque el Estado promueva una política editorial para publicar obras de reconocidos valores estéticos, es muy probable que los lectores se sientan atraídos por otros textos de menos calidad, pero que responden a sus intereses particulares. No es factible controlar una sociedad, determinar qué libros debe leer —aunque sea a partir de reconocidos criterios estéticos, científicos o filosóficos—, cuánto debe gastar cada ciudadano en transporte, comestibles o ropa. La sociedad cubana rechaza, como cualquier otra sociedad moderna, que pueda ejercerse

tal fiscalización sobre la vida personal y que el resultado sea un bien mayor.

Los conservadores, por tanto, consideran que los individuos y las colectividades no son moldeables por determinadas instituciones sociales. Por eso rechazan la violencia que suele acompañar a las revoluciones y más bien creen en la evolución. Entienden a las masas como refractarias al cambio social, aunque esto siempre no tiene por qué ser una incapacidad de la colectividad.

Una actitud contraria al conservadurismo es, por ejemplo, pretender que por las fuerza de las armas Estados Unidos logrará establecer las condiciones para que la democracia moderna funcione en Iraq, Afganistán o cualquier otro país. Por ello, ser conservador no significa asumir las posiciones políticas que hoy en día se catalogan como "de derecha". El sano conservadurismo va más allá de las típicas polarizacio-

no un medio, sino un fin -en términos de Marx- que logre superar su alienación.

La cuestión, sin embargo, ya ha sido tratada anteriormente en otros términos. Se afirma que en Cuba ya no hay conservadores. Al menos eso es lo que pudiera deducirse de la lectura de la obra de Rafael Rojas. La historiografía cubana, por otro lado, ratifica este criterio. Sin embargo, en Cuba hemos tenido grandes conservadores: en el siglo XIX hubo tres notables figuras: Saco, Varona y Montoro, estas dos últimas prolongaron su obra en la primera mitad del XX, donde habría que incluir a Manuel Márquez Sterling por su célebre frase, tan actual y olvidada: "Frente a la injerencia extraña, la virtud doméstica".

En la segunda mitad, solo hemos tenido comentaristas de los conservadores del XIX, con veladas frases aprobatorias de su política como Medardo

sible seguir creyendo que estatizar la propiedad hará posible que puedan satisfacerse las necesidades colectivas sin el peligro de una generalizada corrupción. Nos damos cuenta que es necesario volver al estímulo tradicional de la producción, al interés material y a la propiedad personal sobre los medios de producción. Los fracasos del socialismo de Estado en Europa Oriental y en China, que hace mucho tiempo lo abandonó por un sistema mixto, son hartos elocuentes.

Es cierto que todo cambio tiene sus riesgos, pero ¿por qué preocuparnos tanto por ellos si todo lo que hemos hecho ha sido experimentar? Entonces continuemos haciéndolo, mas desde esta perspectiva conservadora, que de seguro tendrá buenos resultados.

Es verdad que ahí están los ejemplos de las privatizaciones en América Latina y Europa Oriental, con miles de desocupados y el aumento extraordi-



Durante los siglos XIX y XX cubanos hemos tenido grandes conservadores: José Antonio Saco, Enrique José Varona, Rafael Montoro, Manuel Márquez Sterling y Jorge Mañach, entre otros.

nes entre izquierda y derecha, porque entiende que la base de los problemas políticos de la modernidad está en la comprensión de la naturaleza humana, lo que remite al problema filosófico de si el hombre es libre o no. De ahí que los partidarios de la experimentación en el campo social sean el resultado ideológico del pensamiento de Saint Simon, inspirador de Augusto Comte. Solo quien tenga una idea determinista de la sociedad puede concebir que pueda lograrse el cambio de valores que la torne capaz de librarse del interés material para producir y haga del trabajo

Vitier, Jorge Mañach y otros. Dado que en el siglo XX nos sobraron los experimentadores, se nos dice que hoy es imposible pensar siquiera en una política conservadora. En suma, que estamos condenados como sociedad a no aprender del pasado y sus errores.

No puedo compartir tal criterio. Cuando una sociedad se vuelve hacia el pasado, a fin de sacar experiencia de él, manifiesta un síntoma de madurez. Y esto es lo que muchos cubanos en la actualidad están haciendo, sean o no historiadores de profesión. Hoy estamos convencidos que ya no es po-

nario de la pobreza. Pero ese no tiene que ser el modelo a seguir. Urge que se cree el clima de diálogo necesario para que abandonemos de común acuerdo la experimentación social, la intención de parecernos a aquella isla literaria llamada *Utopía* por Tomas Moro. Que pueda emerger una política auténticamente conservadora que coloque a la utopía sólo en el lugar que le corresponde, sea de izquierda o de derecha.

